

# LA SEGUNDA GUERRA CARLISTA EN LAS NOVELAS DE VALLE-INCLAN

por JOSE F. ACEDO CASTILLA

Fue D. Ramón M<sup>a</sup> del Valle Inclán —como dijo Serrailh<sup>1</sup>, el poeta más grande de los novelistas españoles, el más grande artista de la palabra que después de Quevedo ha tenido el castellano —en opinión de Miró<sup>2</sup>, el Congora de nuestro tiempo, para bien o para mal, como escribió Maeztu<sup>3</sup>.

Cuenta Fernández Almagro<sup>4</sup>, que Valle-Inclán ante un artículo de José Octavio Picón, sintió un buen día la sugestión literaria, preguntándose si él no sería capaz de escribir mejor que los maestros de Madrid. Ante esta idea, decidió dejar los estudios de Derecho que cursaba en la Universidad de Santiago y por los que no sentía mucha atracción, trasladándose a Madrid para iniciar su aprendizaje literario.

Pero bien porque no encontraba facilidades para ello, o por su espíritu aventurero, o ante la posibilidad de hacer fortuna al lado de unos familiares dedicados al comercio, lo cierto es que a principio de 1892, embarca en El Havre con rumbo a Méjico.

En el barco hizo amistad con un asturiano llamado Menéndez Aceval, que editaba un diario en Vera Cruz, quien ganado por la simpatía que inspiraba el emigrante, y advertido de su desorientación, le

---

1. J. Serrailh. *Prosateurs espagnols contemporains*. De Lagrave, 1930.

2. Emilio Miró. *Realidad y Arte en «Luces de Bohemia»*. En Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid 1966, pág. 257.

3. Ramiro de Maeztu. *Valle-Inclán*, en Autobiografía. Editora Naiconal, Madrid 1962, pág. 108.

4. Melchor Fernández Almagro. *Vida y literatura de Valle-Inclán*. Editor Nacional, Madrid 1943, pág. 19.

brindó —según Fernández Almagro<sup>5</sup>, un puesto en su periódico. Pero la estancia en Vera Cruz no fue muy larga, ya que poco después, aparece en Méjico como redactor de *El Correo Español* y colaborador de *El Universal*. Allí permaneció hasta la primavera de 1983, en que decidió regresar a España, después de una breve estancia en Cuba.

Este año de permanencia en América va a ser decisivo en la formación artística y literaria de D. Ramón. Desde entonces, Méjico va a ocupar un lugar importante en el mundo Valle-inclanesco. En el semanario madrileño *Alma Española* de 27 de Noviembre de 1903, escribió su Autobiografía y la versión de este viaje, enriquecido por todas partes con detalles novelescos y fantásticos. Un cuento de paisajes mejicanos titulado «X», —que recoge una historia de amor en un lugar exótico—, pasó a la Sonata de Estío, y hasta a la «Corte Carlisista», lleva un recuerdo mejicano, cuando en la *Sonata de Invierno*<sup>6</sup>, estando Bradomín ante D<sup>a</sup> Margarita, entran los dos principitos mayores en la saleta, y la Infanta D<sup>a</sup> Blanca, a la que había llegado la estampa del personaje que tenía ante sí, pregunta como no creyendo lo que tiene ante sus ojos: «¿El que hizo la guerra en Méjico?». Y el Príncipe D. Jaime le pregunta por su parte: «¿Marqués, es verdad que en Méjico los caballos resisten todo el día al galope?».

Mejico en Bradomín, como en Valle-Inclán, es la leyenda, la apoyatura en algo real del pasado, para convertirla —como dice Campos<sup>7</sup>, en brumosa fuente de aventuras.

## II

Cansado de estar en Pontevedra, a principio de 1897 vuelve a Madrid con un libro publicado, *Femeninas*, que agrupa «seis historias amorosas», avalada con un prólogo de D. Manuel Murguía, en las que resulta patente el influjo de sus lecturas de D'Annunzio, Barbey D'Aurevilly y Eça de Queiroz, que va a darle casi todo su estilo ya hecho.

Más antes de que su personalidad literaria fuese conocida por sus frutos, se dió a conocer por su personal apariencia a la que confirió —cuidando con esmero los detalles—, un inconfundible perfil. Llevaba

5. Idem: Op. Cit. Pág. 25.

6. Ramón del Valle-Inclán. *Sonata de Invierno*. Opera Omnia. Vol. VIII, pág. 69-70.

7. Jorge Campos. *Tierra Caliente. La Huella americana en Valle-Inclán*. Cuadernos Hispano-americanos. Op. cit. pág. 421.

melena que le caía a media espaldas, barbas largas y crecidas, «barbas de chivo» —como le llamó Rubén en los primeros versos que iban a prologar su obra *Aroma de Leyenda*—, quevedos de carey atados con ancha cinta de moaré sombrero de copa alta y un cuerpo delgado bajo un *macferlanda*, cuyas esclavinas se convertían por instante en dos alas de murciélago satánico. Era la mejor máscara a pie que cruzaba la calle de Alcalá —como dice en su biografía Ramón Gómez de la Serna<sup>8</sup>.

A la extravagancia en el atuendo unía Valle-Inclán un carácter, más que violento explosivo, una desbordante fantasía —mentía con una tranquilidad admirable—, y un temperamento indómito. Una frase suya demolía una reputación. Creyéndose siempre en posesión de la verdad cualquiera que fuera el tema de la conversación o disputa, Valle-Inclán nunca aceptaba rectificaciones o criterios adversos. Por ser así, se suscitó un día el altercado con Manuel Bueno que había de costarle la amputación del brazo izquierdo. Del lance, mucho fantaseo Valle-Inclán y más tarde sirvió para que Ramón Gómez de la Serna, en un portentoso alarde de ideación, narrase las mil y una maneras como pudo perder el brazo su ilustre homónimo<sup>9</sup>.

Pero —como dice Fernández de la Mora<sup>10</sup>, Valle-Inclán no era el personaje literario que el se divertía en representar para el público y a quien el mundo entero —com observa Maeztu<sup>11</sup>, servía de escenario. Valle trabajaba con una dedicación y una seriedad asombrosa. En el cumplimiento del quehacer literario ponía fervor y tenacidad, perseverancia y fé en si mismo. Buscó crear un estilo personal y a lograrlo subordina todo. Nadie diría —escribe Azorín<sup>12</sup>, que son un mismo hombre, el dialogador de un grupo de amigos y el asceta que trabajó en su cuartito modesto, horas y horas con esfuerzo incansable.

### III

Valle-Inclán que cultivó todos los géneros literarios: novelas, cuentos, poesías, teatro, ensayos, al igual que todos los escritores del 98

8. Ramón Gómez de la Serna. *Don Ramón M<sup>o</sup> del Valle-Inclán*. Colección Austral, 2<sup>a</sup> edición, Buenos Aires, 1948, pág. 28.

9. *Idem: op. cit.* pág. 51-56.

10. Gonzalo Fernández de la Mora. *Pensamiento español 1966*, Ediciones Rialp, Madrid 1968, pág. 252.

11. Ramiro de Maeztu. *Autobiografía*, *op. cit.* pág. 104.

12. Azorín. *Prólogo a las obras completas de Valle-Inclán*. Tomo I, Edic. RVA. NOVA, 1944, pág. 12.

tiene una especial preocupación por la Historia. Mejor dicho, por lo que para él es suprahistoria, esto es, la leyenda, la versión épica de hazañas heroicas, señoriales, en el desgarrado y trágico fondo de un pueblo que les acompaña.

Cuando Valle-Inclán se enfrenta por primera vez con la Historia, escoge el tema de *La Guerra Carlista*, que era un asunto por el que sentía especial predilección, ya que no en valde, durante una larga etapa de su vida, fue de clara filiación tradicionalista, mejor dicho carlista. Si todos los grandes valores en los que Valle cree, proceden de nuestras glorias pasadas, de nuestra historia mítica, es lógico —como escribe Conte—<sup>13</sup>, que defienda al grupo político que intentaba conservar o resucitar esos grandes valores. En este aspecto, Valle es un apasionado regenerador romántico, y además un contestario contra el sistema imperante que a él, como antiliberal, no le inspiraba la menor simpatía.

Mucho y muy contradictorio se ha escrito sobre el carlismo de Valle-Inclán. Su hijo Carlos Luis<sup>14</sup> escribe que «Valle-Inclán se sentía carlista, porque defendía costumbres y tradiciones que a él, Señor de espíritu y de sangre, no podía dejarle indiferente». En el mismo sentido se muestra Eugenio G. de Nora<sup>15</sup>, para quien el carlismo Valleinclanesco tiene «raíces y significados serio».

Por el contrario, para Melchor Fernández Almagro<sup>16</sup> es la estética, junto con el poderoso atractivo personal que desde muy joven ejerció sobre él la figura de D. Carlos, lo que le llevó al tradicionalismo. Una opinión parecida es la de Ramón Gómez de la Serna<sup>17</sup>, para quien «El carlismo fue para Valle la belleza romántica, el no pactar con el vulgo municipal y espeso, la altivez de Dios en las viejas iglesias destartaladas, el valor «de las fuentes y los jardines» y los viejos mitos aristocráticos».

Bien es verdad que es el propio Valle-Inclán, quien da pie a este confusionismo con sus declaraciones contradictorias. Así por ejemplo, mientras en la *Sonata de Invierno* hace decir al Marqués de Bradomín que «el carlismo tiene para él el encanto solemne de las grandes ca-

13. Rafael Conte. *Valle-Inclán y la realidad*. En cuadernos Hispanoamericanos, op. cit. pág. 59.

14. Carlos Luis Valle-Inclán Blanco. *Prólogo a Gerifaltes de Antaño*, Espasa Calpe Argentina, S.A. Buenos Aires, 1945, pág. 8.

15. Eugenio G. de Nora. *La novela española contemporánea*. Gredos 2ª edición Edit. Madrid 1953, pág. 76.

16. Melchor Fernández Almagro. *Op. cit.* pág. 143-144.

17. Ramón Gómez de la Serna. *Op. cit.* pág. 71.

tedrales»<sup>18</sup>, y que «Don Carlos de Borbón y Este es el único príncipe soberano que podría arrastrar dignamente el manto de armiño, empuñar el cetro de oro y ceñir la corona recamada de pedrería, con que se representa a los Reyes en los viejos códices»<sup>19</sup>, en unas declaraciones que recoge Francisco de Madrid<sup>20</sup>, al ser interrogado sobre su carlismo, da la siguiente respuesta: «soy carlista solamente pero estética. Me agrada la boina. Es una cresta pomposa que ennoblece. La blanca capa de los carlistas me retrotrae al imperio de una corte arcaica. Es sin duda, el más bello disfraz político que ha existido».

Claro es, que —como escribe María Dolores Lado<sup>21</sup> las declaraciones personales y directas de Valle-Inclán, no deben tomarse siempre al pie de la letra. Valle fue un charlista formidable, amigo de las respuestas fulminantes, de las grandes frases y los grandes gestos. Aceptar literalmente sus palabras envuelve grandes riesgos, ya que denota todo lo contrario. Su empeño en considerarse tradicionalista a todo lo largo de su vida, de la que es muestra —bien a nivel anecdótico—, «que la familia carlista de nombre la prole valleinclanesca» (Margarita, Carlos Luis, Jaime...); que cuando es invitado por Francia en 1916, para que comisionado por la «prensa latina de América» y por el «Imperial» visite a los campos de batalla aliados, «D. Ramón es vista de Carlista», con su boina, polainas, capote y una maquilla cogida de la muñeca con la correa, y así visite el frente, donde por cierto lo confunden con el general Gourend, general francés que gozaba de la mayor popularidad, él que tenía la misma figura y que también era manco<sup>23</sup>, y sobre todo —como escribe Maraval<sup>24</sup>, porque desde la *Sonata de Estío* hasta *La corte de los milagros*, está presente el carlismo de su autor.

18. Ramón del Valle. *Inclán. Sonata de Invierno*. op. cit., pag. 217.

19. Idem. *Op. cit.*, pág. 14-15.

20. Francisco de Madrid. *La Vida Activa de Valle-Inclán*. Edit. Poseidon. Buenos Aires, 1943, pag. 282.

21. María Dolores Lado. *Las Guerras Carlistas y el reinado isabelino en la obra de Ramón del Valle-Inclán*. University of Florida monographs Press nº 18. Gainesville, Florida, 1966, pág. 14.

22. Melchor Fernández Almagro. *Op. cit.*, pág. 154.

23. Ramón Gómez de la Serna. *Op. cit.*, pág. 121.

24. José Antonio Maravall. *La imagen de la sociedad arcaica en Valle-Inclán*, en *Revista de occidente* Madrid, 1966, nº 44 y 45, pág. 248.

## IV

Aunque el tema carlista había servido de marco a *La Sonata de Invierno*, que transcurre en la corte de Estella, las novelas de Valle-Inclán que componen el ciclo carlista propiamente dicho, son tres: *Los Cruzados de la causa*, *El Resplandor de la Hoguera* y *Gerifaltes de Antaño*. En ellas no se relatan batallas, ni se hace historia, ni se estudia una ideología. Lo que cuenta es el hecho histórico en sí de la segunda guerra carlista, episodios de la misma a los que comunica una gran plasticidad, renunciando de antemano a unificarlos mediante el hilo conductor de un argumento, entorno al cual acontezcan los hechos secundarios.

Entre los épicos sucesos que componen *Los Cruzados de la causa*, narrados con agudos coloquios y picoteo de pinceladas, merecen destacarse el relativo al «registro del Convento por una escuadra de marinos desembarcados de la trincadura «Almonzara», porque se decía que las monjas guardaban fusiles bajo el altar mayor; del descontento y desilusión de los canónigos y beneficiados que no pueden cumplir el ofrecimiento hecho al Marqués de Bradomín, de entregarle para auxilio de la causa, las alhajas de la Santa Iglesia Colegiata porque «el Deán, que está propuesto para Obispo, interpone su veto para congreñarse con los herejes de Madrid»; el remordimiento de la Madre Isabel, Superiora del Convento de Viana del Prior, que acudiendo a todas clases de presiones, ha conseguido del Capitán de una nave que, pese al temporal existente, se haga a la mar, con un alijo de armas para los carlistas, ya que «todo esta perdido de no hacerse en aquel día...». El capitán ante la insistencia de la monja y los ruegos de su novia, «la niña de la Posada», accede a salir. Más de un instante, la goleta sin velamen, batida de costado por el mar, columpiándose furiosamente, tocando las olas y luego remontándose a las nubes, zozobra ante crestas de espumas, hasta que al fin desaparece con todos sus tripulantes.

La Madre Isabel, se siente culpable, verdugo de este naufragio. ¡No tenía derecho para sacrificar tantas vidas!... «Entonces toma la decisión expiatoria de ir a la guerra, y entre los heridos, en los campos de batalla, ofrecer su vida a Dios»<sup>25</sup>. Este viaje es el tema central de *El Resplandor de la Hoguera*. Los heridos que la monja pensaba curar

25. Ramón del Valle-Inclán. *Los Cruzados de la Causa*. Colección Austral. 8ª edic. Madrid, 1985. Págs. 30, 52, 53, 122, 147-148.

eran carlistas, pero una vez en el campo de batalla, los heridos que vé son soldados del ejército liberal y ante ello las banderías se borran. La monja comprende cual es su verdadero deber, porque en el dolor, los hombres son iguales<sup>26</sup>.

Aunque Valle-Inclán —como dice Fernández de la Mora<sup>27</sup>— no fue un pensador, ni un filósofo, percibe y pone de manifiesto como el carlismo, fue mucho más que un pleito dinástico que se produce a la muerte de Fernando VII. Las guerras carlistas no fueron sino las guerras de dos modos distintos de entender la vida. Frente al laicismo del Estado, la centralización unificadora que el liberalismo doctrinario conlleva, junto con una idea gaseosa y abstracta de la libertad, los carlistas, oponían el sentido católico de la vida, la constitución corporativista y gremial de la sociedad, la sustancia medular de la vieja democracia municipal española y la idea realista de las «libertades concretas». Porque para el tradicionalismo no se es libre a secas; se es «libre para...». Nadie tiene a secas «el poder», que no es sustantivo, sino un verbo que necesita complemento. No «se puede» en el vacío: «se puede algo». Este algo —como decía Pemán<sup>28</sup>— es lo que da a la idea foral, descentralizadora y realista, posibilidades constructivas que nunca tendrá la libertad abstracta y autónoma que, abierta sobre un vacío de finalidades concretas, se devora a sí misma en su íntima abstracción.

## V

El arraigado sentimiento católico del carlismo lo destaca Valle-Inclán en forma verdaderamente dramática, en uno de los episodios de *los Cruzados de la Causa*

Un muchachito gallego ha sido movilizado con destino a la marina, por el gobierno liberal. Está de guardia en un convento, mientras se practica un registro en el mismo en busca de unos fusiles que han de ser enviados al ejército carlista.

Las mujeres del pueblo reaccionan furiosamente contra la actuación de las fuerzas que efectúan el registro. Entre ellas está la madre del

26. Ramón del Valle-Inclán. *El Resplandor de la Hoguera*. Colec. Austral, 7ª edic. Madrid 1980, págs. 132-133.

27. Gonzalo Fernández de la Mora. *Op. cit.* pág.

28. José Mº Pemán. *Meditación sobre el tradicionalismo*. Puente Europa, Madrid, 1961, pág. 82.

«marinerito», quien llena de cólera injusta, ante la involuntaria participación de su hijo, dirige a este crueles recriminaciones. Tanto llega a ser la presión de la madre, que el muchacho arroja el fusíl, rompiendo a correr hacia las casas del pueblo.

Perseguido por las calles oscuras, dos balas que le entran por la nuca, acaban con su vida. Pero lo terrible, es el espitafo que la madre, abrazada al cadáver ensangrentado, pone a su hijo muerto: «No tenía otro hijo en el mundo, pero mejor lo quiero aquí muerto, como vedes todos agora, que como yo lo vi esta tarde crucificando a Dios Nuestro Señor»<sup>29</sup>.

Y es que para los carlistas, D. Carlos era el Rey de los buenos cristianos<sup>30</sup> y ellos estaban haciendo la «guerra santa». De esta suerte, el carlismo casi se convierte en una religión. Más que una doctrina política, es el «creo de una comunión que liga a los hombres que de ella forman parte, en la paridad de sus creencias».

Al lado de este sentimiento religioso, destaca Valle-Inclán, el carácter popular y campesino del carlismo. Campesinos son el núcleo central de los soldados que forman las partidas carlistas: «vendimiadores y pastores, leñadores que van pregonando por los caminos y segadores que trabajan en la orilla de los ríos; carboneros que encienden hogueras en los montes y alfareros que cuecen tejas en los pinares, gente sencilla y fiera como una tribu primitiva, cruel con los enemigos y devotas del jefe»<sup>31</sup>.

Este fenómeno sociológico que el carlismo entraña, fue recogido por Unamuno en diversos pasajes de alguna de sus obras, especialmente en su novela histórica *Paz en la guerra* (1897), sobre el sitio de Bilbao en la segunda guerra carlista. Pero fue el mismo Carlos Marx quien lo vislumbró con anterioridad, cuando en su libro «*La Revolución Española 1808-1843*», traducida por Andrés Nin y publicada por la editorial Zenit en 1929, escribe lo siguiente:

«El carlismo no es puro movimiento dinástico y regresivo, como se empeñaron en decir y mentir los bien pagados historiadores liberales. Es un movimiento libre y popular en defensa de tradiciones mucho más liberales y regionalistas que el absorbente liberalismo oficial, plagado de papanatas que copiaban a la Revo-

29. Ramón del Valle-Inclán. *Los Cruzados...* Op. cit., pág. 76.

30. Idem: Op. cit., pág. 8.

31. Ramón del Valle-Inclán. *Gerilfaltes de Antaño*. Colección Austral, 5ª edic. Madrid, 1980, pág. 7.



lución Francesa. Los carlistas defendían las mejores tradiciones jurídicas españolas, las de los Fueros y las Cortes legítimas que pisotearon el absolutismo monárquico y el absolutismo centralista del Estado liberal. Representaban la patria grande como suma de las patrias locales, con sus peculiaridades y tradiciones propias... El tradicionalismo carlista tenía unas bases auténticamente populares y nacionales de campesinos, pequeños hidalgos y clero, en tanto que el liberalismo estaba encarnado en el militarismo, el capitalismo (las nuevas clases de comerciantes y agiotistas), las aristocracia latifundista y los intereses secularizados, que en la mayoría de los casos pensaban con cabeza francesa o traducían, embrollados de Alemania».

A juicio de María Dolores Lado<sup>32</sup>, el personaje que mejor encaja este carácter popular y campesino del carlismo es el cura Santa Cruz, un aldeano que se hizo cura y del que Valle-Inclán hace la figura central de *Gerifaltes de Antaño*.

Don Manuel Santa Cruz, párroco de Hernialde, —según lo retrata Valle—<sup>33</sup> «era fuerte de cuerpo y menos que mediano de estatura, con los ojos grises de aldeano desconfiado y la barba muy basta, toda rubia y encendida. Su atavío no era sacerdotal, ni guerrero. Boina azul muy pequeña, zamarra al hombro, calzón de lienzo y medias azules bajo las cuales se descubría el músculo de sus piernas. Aquel cabecilla sobrio, casto y fuerte, andaba prodigiosamente y vigilaba tanto, que era imposible sorprenderle. Los que iban con él, contaban que dormía con un ojo abierto, como las liebres». Santa Cruz se distingue —según Valle— por su capacidad de mando y ambición. No quería la gloria y los honores, pero si hacer la guerra a su manera<sup>34</sup>. «Quería reunir bajo su mando todas las partidas guipuzcoanas y hacer la guerra a sangre y fuego, con el bello sentimiento de su idea y el odio del enemigo. La guerra que hacen los pueblos cuando el labrador deja su siembra y su hatu el pastor. La guerra santa que, esta por cima de la ambición de los reyes, del arte militar y de los grandes capitanes».

El sueño de Santa Cruz —escribe Carlos Seco—<sup>35</sup> «está alimentado por un pozo de remembranzas bíblicas y clásicas; le obsesiona el re-

32. María Dolores Lado. *Op. cit.*, pág. 201.

33. Ramón del Valle-Inclán. *Gerifaltes... Op. cit.*, pág. 11.

34. Idem: *Op. cit.*, pág. 41.

35. Carlos Seco Serrano. Valle-Inclán y la España oficial de Revista de Occidente, Madrid, 1966, pág. 209.

cuerto de las ciudades antiguas pericidas en luchas heroicas contra los grandes imperios de las que no quisieron ser esclavas; y con el odio por las legiones y las águilas augustanas. Como solía decir recordando el lenguaje del púlpito, sentía el entusiasmo por las tribus patriarcales y guerreras de los pueblos vascones... Los grandes imperios, las legiones augustanas, se identifican en esta imagen primitiva y ardiente, con los soldados del ejército liberal; un trasunto de la corrompida Roma ve Santa Cruz en el Estado y la sociedad, contra la que se ha alzado su hueste, como encarnación de esa rotunda negativa con que el carlismo se opone monolítico, al espíritu del siglo...».

Lógica secuela de esta manera de ver la guerra es la desconfianza que Santa Cruz muestra con los generales profesionales y por la camarilla real. Llamado por el Rey a Estella, el Cura fingiéndose enfermo, esquivó presentarse, porque teme que todo sea un engaño para prenderle. «No nací, para pisar estrados —dice al viejo veterano Don Pedro Mendía—. ¡En el campo no me vencen, pero allí me vencerían!<sup>36</sup>. Por estas razones el Cura se encuentra perseguido por los liberales y acosado por los carlistas. Más al final se ve salvado por la imprevista retirada de las tropas republicanas, debido a un cálculo político de Castelar. «Es preciso que la orden se cumpla inmediatamente sin estrechar mas al Cura. Hay un secreto de Estado...». Un secreto a voces «—como dice Valle-Inclán por boca del Teniente Nicéforo—<sup>37</sup>.

Y es que como era sabido, los carlistas trabajaban en las cortes europeas para obtener la beligerancia, la que le hubieran concedido sin las ferocidades de Santa Cruz. La beligerancia suponía tener abierta la frontera y el comercio de armas. Para evitarlo hacía falta que éste hiciese una degollina para presentar a los carlistas como hordas de bandoleros. De aquí, que en aquel entonces la suprema consigna liberal fue la de ayudar al Cura.

## VI

Frente al arraigo que el carlismo tuvo en las clases populares, la aristocracia cortesana por el contrario estaba en contra del mismo, al igual que la aristocracia rural, que enriquecida con la desamortización

36. Ramón del Valle-Inclán. *Gerilfates... Op. cit.*, pág. 107.

37. Idem: *Op. cit.*, pág. 133.

de Mendizabal, temía a la promesa carlista de que se devolvería a la Iglesia, los bienes de que había sido despojada. No obstante, hubo un sector de la nobleza que apoyó al carlismo: los que Valle llama «*los secos hidalgos de gotera*»<sup>38</sup>, que eran la sangre más pura destilada en un filtro de mil años y de cien guerras, viejos aristócratas campesinos, demasiado alejados de la corte para sentir la influencia progresista y demasiado arruinados para beneficiarse económicamente de la desamortización. Estos hidalgos aparecen idealizados en la obra valle-inclanesca, en las figuras de Don Juan Manuel de Montenegro y en la del Marqués de Bradomín.

A Bradomín lo define con tres adjetivos dispares, referidos uno a lo físico, otro a lo espiritual y otro a lo psicológico; feo, católico y sentimental<sup>39</sup>. Era feo, pero —como dice Fernández Almagro—<sup>40</sup> seductor; católico, pero irreverente, sentimental pero lascivo.

Montenegro, a quien ya nos lo había presentado en la escena segunda de «*Aguila de Blasón*», era uno de esos hidalgos mujeriegos y despóticos, hospitalarios y violentos que se conservan como retratos antiguos en las villas silenciosas y muertas, las villas que evocan con sus nombres feudales, un derrumbro son de armaduras<sup>41</sup>. Aquel viejo, con su arrogante y varonil tipo suevo, tan frecuente en los hidalgos de la montaña gallega<sup>42</sup>, a los treinta años había malbaratado su patrimonio. Solamente conservó las tierras del vínculo, el Pazo y una capellanía, todo lo cual apenas le daba para comer<sup>43</sup>. Entonces empezó su vida de conspirador y aventurero, vida tan llena de riesgos y azares, como la de aquellos segundones hidalgos que se enganchaban en los Tercios de Italia, para buscar lances de amor, de espada y de fortuna<sup>44</sup>.

Montenegro y Bradomín son cristianos viejos, hombres de fé muy peculiar y relativa ya que ni el uno ni el otro son ejemplo de conducta católica. Lo que sí son modélicos es en el desprendimiento y en el ejercicio de la caridad. Don Juan Manuel, aunque está en la ruina, mantiene su pródiga caridad de padre de los pobres, de señor que por tener el cuidado de sus vasallos, tiene conciencia de su obligación de protegerlos, incluso contra la justicia legal de soldados o aguaciles, ya que en su sentir «esa es la verdadera hidalguía y la verdadera cari-

38. Ramón del Valle-Inclán. *Los Cruzados...* Op. cit., pág. 91.

39. Ramón del Valle-Inclán. *Sonata de Invierno*. Op. cit., pag. 242.

40. Melchor Fernández Almagro. Op. cit., pág. 76.

41. Ramón del Valle-Inclán. *El Resplandor de la Hoguera*. Op. cit., pág. 78.

42. Idem: *Los Cruzados...* Op. cit., pág. 17.

43. Idem: *Jardín Umbrio*. Opera Omnia, Madrid, 1920, pág. 179.

44. Idem: *Sonata de Invierno*. Op. cit., pág. 11.

dad»<sup>45</sup>. Bradomín no le va a la zaga en desprendimiento. Vende o empeña su patrimonio, «todo lo que tengo en esta tierra»<sup>46</sup>, para ayudar a sostener la guerra por su Rey. Don Juan Manuel, si no fuera tan viejo, también hubiese levantado partida, pero —como él mismo dice—<sup>47</sup> no sería por un rey, ni un emperador... sería «para purificar estas tierras, donde han hecho camadas, raposos y gaduñas. Yo llamo así a toda esta punta de curiales, aguaciles, indianos y compradores de bienes nacionales. ¡Esa ralea de criados que llegan a amos!, a los que quemaría las casas y les colgaría a todos en mi roble de Lantañón», criterio que pese a su refinamiento, se ve compartido por Bradomín cuando el arguye: «Esa justicia que deseamos los que nacimos nobles, y también los villanos que no pasaron de villanos, es la justicia que hara por todo el reino Carlos VII»<sup>48</sup>.

Pero detrás de ese espíritu feudal que en servicio de ¡el genio de su linaje! mueve a los hidalgos, Valle-Inclán supo ver la otra cara de la moneda, en el idealismo de los «mútiles» vasco-navarros, y en su aptitud reverenta hacia su Señor, como lo denota esta bellísima arenga que Miguelo Egoscué, dirige a sus soldados en el *Resplandor de la Hoguera*:

«¡Muchachos vamos a pelear por el rey don Carlos! Si vencemos, a todos nos dará su mano por leales y por valientes, como hizo la vez pasada cuando lo de Aoiz. ¡Muchachos, vamos a pelear por el Rey y por doña Margarita! Si hallamos la muerte, también hallaremos la gloria como soldados y como cristianos. La gloria de la tierra y la gloria de luz que dá Dios Nuestro Señor».<sup>49</sup>

## VII

En enero de 1910, en la revista *Por esos Mundos*, publicó Valle-Inclán un trabajo novelesco, de exaltación carlista titulado *La Corte de Estella*, el cual como varios cuentos de su primera época o novelas cortas esparciadas en periódicos y revistas, no se recoge en ninguna de las ediciones de sus obras completas.

45. Idem: *Los Cruzados...*, Op. cit., pág. 80.

46. Idem: *Op. cit.*, pág. 13, 24.

47. Idem: *Op. cit.*, pág. 97.

48. Idem: *Op. cit.*, pág. 97-98.

49. Idem: *El Resplandor de...* Op. cit., pág. 109.

Según Jacques Fressard, la primera impresión de ese texto, —el que reproduce íntegramente en su trabajo *Un episodio olvidado de la guerra carlista*—<sup>50</sup> es que se trata de un reportaje histórico relacionado, tal vez, con la muerte de Carlos VII, acaecida en Venecia seis meses antes. Pero, al leerlo nos percatamos de que no se trata de un simple documento de evocación literaria, sino de un verdadero trozo novelesco, de un esbozo o de los primeros elementos de una nueva novela o tal vez el epílogo del ciclo carlista.

La aparición de *La Corte de Estella*, coincide con el momento de mayor fervor por la Causa por parte de don Ramón. En aquel mismo año 1910, iba a ser designado como candidato a diputado tradicionalista por el distrito de Monforte de Lemus para las elecciones generales, por lo que *La Corte de Estella* —como dice Fressard—<sup>51</sup>, suena como una profesión de fe sin ambigüedad y hasta casi como una proclama electoral. Lo que en la «trilogía» era una oposición matizada entre los soldados regulares» que iban a la guerra por servidumbre, como podían ir a segar espigas en el campo del rico», y los voluntarios de Don Carlos, reidores y entusiastas ¡Verdaderos Cruzados!, se transforman aquí en antítesis violenta. Ya no queda en el campo liberal ningún personaje «positivo», como lo era por ejemplo el veterano Capitán García, que afirmaba, sin vacilar, en *El Resplandor de la Hoguera*: «yo he sido soldado y también me batí por mis ideas: ¡Las ideas de la libertad y de progreso!, sino que todos son —según el autor— «buenos militares, pero acostumbrados en los cuerpos de guardia, a holgarse con vino peleón y lances de mujer, gente orra de otros conflictos morales»<sup>53</sup>.

Los carlistas por el contrario «aparecen como mancebos encendidos y fuertes», que sólo luchan por su ideal y no desean más provecho para después de la victoria que el de volver al hogar con sus cicatrices: «cuando se acabe la guerra iremos todos a nuestras casas: el labrador a su labranza, el pastor a su rebaño, el estudiante a su estudio...»<sup>54</sup>. Incluso «Cara de Plata», el violento, orgulloso y egoísta segundón de los «Cruzados de la Causa» ha cambiado por completo de actitud. Antes, sólo pensaba en señalarse por su valor y verse ascen-

---

50. Jacques Fressard. Un episodio olvidado de «La guerra carlista», en cuadernos Hispano-americanos 1956. Op. cit., pág. 347.

51. Idem: Op. cit., pág.

52. Ramón del Valle-Inclán. *El Resplandor...* Op. cit., pág. 120.

53. Idem: *La Corte de Estella*. Capítulo II.

54. Idem: Op. cit., capítulo V.

dido a capitán<sup>55</sup>. Ahora y desde que ha besado la mano de don Carlos, su única ambición «es ver al Rey sentado en el trono y bien gobernada las Españas»<sup>56</sup>. Y hasta el retrato idealizado de don Carlos<sup>57</sup>, bastante parecido al que nos ofrece en las primeras páginas de *Sonata de Invierno*<sup>58</sup>, difiere sin embargo de éste, por una insistencia mucho mayor, de las cualidades religiosas, políticas y morales que Dios le plugo dar.

Más en estos momentos, su destino —como dice Gómez de la Serna<sup>59</sup>, va a tener que elegir entre dos caminos: el de la política, presentándose a diputado carlista o el de un viaje aventurero a América, ya que con motivo del *centenario de la Argentina*, allí va su mujer y las compañías de Guerrero y García Ortega. Valle-Inclán se decide por el viaje a la Argentina, donde por cierto pasa un tanto desapercibido y le hacen el vacío a sus conferencias y el silencio a sus artículos, porque —según escribe—, «soy tradicionalista».

A su regreso a España, don Jaime que había sucedido a su padre en sus pretendidos derechos a la corona de España, le concede la *Cruz de la legitimidad proscrita*, que es la máxima distinción carlista; participa en el banquete a los diputados tradicionalistas que habían combatido la «Ley del Candado» de Canalejas, ocupando un puesto en la mesa de honor junto con el Marqués de Cerralbo, Vázquez de Mella, Feliú, Aguada Salaberri y otros miembros del Estado Mayor de la Comunión, y tras un largo viaje por Cataluña y el Norte, el 4 de Noviembre de 1911, hace unas declaraciones al periódico tradicionalista *El Correo Español*, en las que —como escribe Carlos Seco<sup>60</sup>— «no tiene empacho ninguno en definirse como lo hubiera hecho Nocedal en 1871».

Pero su ideología, pese a ello, va a iniciar una evolución hacia posturas radicalmente distintas, hacia un izquierdismo que encierra su carlismo pasado. Esta nueva actitud que inicia tímidamente en 1916 en su libro *La media noche: visión estelar de un momento de guerra*, culmina en 1920, cuando escribe contra Isabel II. «*Farsa y Licencia de la Reina castiza*», donde la farsa, potencia e intensifica en tono sarcástico, la crítica demoledora de un reinado, de una reina, de unos gobernantes y de toda una sociedad.

55. Idem: *Los Cruzados...*, Op. cit., pág. 18.

56. Idem: *La Corte...* Op. cit., cap. V.

57. Idem: *Op. cit.*, cap. VII.

58. Idem: *Sonata de Invierno*. Op. cit., pág. 14-15.

59. Ramón Gómez de la Serna. *Op. cit.*, pág. 110.

60. Carlos Seco Serrano. *Revista de Occidente*. *Op. cit.*, pág. 210.

## VIII

Instaurada la dictadura del General Primo de Rivera, Valle Inclán desde el primer momento se pone abiertamente frente a ella.

En las tertulias del Regina, en la cacharrería del Ateneo o en la Granja del Henar, con su infatigable locuacidad, declama contra el gobierno del General. Desde Galicia hace circular una carta explosiva con motivo del confinamiento de Unamuno en Fuenteventura; por no sentarse junto a un General del Directorio, abandona con humos de reto, el salón del madrileño hotel Nacional donde se rendía un homenaje al catedrático de Buenos Aires Doctor Mario Sáez, y más tarde en 1927, publica el esperpento *La Hija del Capitán*, sátira cruda y sangrienta que trata de un golpe de Estado, en el que urde una trama y presenta unos personajes como realidad insólita, en su aviesa intención de atacar al dictador, al gobierno y a la dinastía.

Dice Fernández Almagro<sup>61</sup>, que el plano oblicuo por el que rodaba la vida pública española, había situado a Valle-Inclán en grupos que ya no eran propiamente literarios y artísticos como en los de los buenos tiempos del «Nuevo Levante», sino políticos en el peor sentido: republicanos y socialistas de profesión, aprendices de conspirador, estudiantes de la FUE, algún militar sin conciencia de su uniforme, etc. De esta suerte Valle-Inclán, queriéndolo o no, se fue sumergiendo en las aguas turbulentas que habían de desembocar en la segunda República.

No se apresuró la República a saldar su cuenta con Valle-Inclán, dándole un cargo con el que aliviará su caótica situación económica. Por fin a finales de enero de 1932, le nombraron Director del Patrimonio Nacional. Mas en este cargo sólo duró unos meses, pues, cuando se enteró —dice Gómez de la Serna<sup>62</sup> que el diputado socialista Bujeda, había ido a la Granja a matar faisanes con unos amigos, armó un gran escándalo, diciendo que él tenía allí los faisanes como adorno dorado de la majestad del paisaje. El socialista no le hizo caso, y al siguiente domingo volvió a cazar faisanes con más ímpetu y más amigos.

D. Ramón se fue al Ministro exigiéndole que multase a Bujeda o que si no él dimitía. El Ministerio conciliador dijo que no haría ni lo uno ni lo otro, por lo que Valle se consideró dimitido y no volvió a ocuparse más del cargo.

61. Melchor Fernández Almagro. *Op. cit.*, pág. 232.

62. Ramón Gómez de la Serna. *Op. cit.*, pág. 198.

Como aquel sueldo era la única entrada que le había permitido a Valle pasar unos meses holgados, la miseria se señoreó de nuevo de su casa y una vez más, comenzó a carecer de lo más indispensable.

Piensa entonces irse a Méjico, de donde había recibido seguridades de un cargo retribuido. En este trance le llegó el nombramiento de Director de la Academia de España en Roma, que Azorín, Marañón y otros caracterizados hombres públicos, consiguieron para él, del Consejo de Cultura.

El poeta Adriano del Valle que le visitó en un viaje a Roma, tras una larga conversación que tuvo con él, pudo comprobar personalmente, que D. Ramón había dado de nuevo un giro copernicano, viviendo en Roma en olor de Santidad fascista, lo que desvela en un artículo que con este título, publicó en el *España de Tanger*<sup>63</sup>, en el que se hace eco de su entusiasmo por el «fascio» y su admiración por Mussolini.

Como su salud volviera a quebrantarse, al agravarse su dolencia de vejiga, decide regresar definitivamente a España, marchando a Galicia, donde lo ingresan para su tratamiento en el «Sanatorio Médico-Quirúrgico de Santiago de Compostela», en cuyo centro, en la tarde del día 5 de enero de 1936, le abatió la muerte.

Pese a sus extravagancias y bandazos —modernista, tradicionalista, revolucionario...—, Valle-Inclán fue un hombre singular, un imaginativo insobornable que pasó la vida sublimando su personalidad y la realidad de su mundo hasta convertirlos en un universo éptico. Porque éptica fue, hasta la última página de su vida, la figura entre caricaturesca y solemne del *gran don Ramón*, que pintó Rubén en su célebre soneto.

---

63. Adriano del Valle. «Valle-Inclán vivió en Roma en olor de Santidad Facista». Artículo publicado en *España de Tanger*, recogido por Melchor Fernández Almagro, en Op. Cit., pág. 273-274.